

*Deja que el mundo sea como es  
y aprende a mecerte con las olas.*

Joseph Campbell

### Mentiras que empiezan por jota

El capitán de navío Odiseo Casco Rajado, enclaustrado como un cartujo y armado con decenas de pinceles y óleos, pintaba la inmensidad del mar de Hoces sobre la madera que forraba los suelos y paredes de su despacho, donde las cucarachas eran delfines; las polillas, gaviotas; y él, una suerte de Poseidón venido a menos.

Entre cuatro paredes y tierra firme gobernada por Fernando VII, vivía embarcado en una misión de la que nunca debería volver si no era con los pies por delante, con el éxito de su empresa o engrilletado por la infantería de Marina. El reto al que se entregaba a diario era dar con el paradero del San Telmo, su barco, con él como único expedicionario.

Para dar forma a las islas emergentes sobre la vastedad del mar de Hoces pintado por su mano, utilizó el mobiliario de su despacho: en su sillón ubicó una isla desierta; el viejo escritorio era la isla de Hornos, donde ardía constantemente la lámpara de aceite que hacía de faro; a su derecha dormía la bandera inerte de España, que no ondeaba; y a su izquierda se erguía un pequeño cerro coronado con una cruz metálica; el sur era reinado por el rincón de lo desconocido, cuya silla y buró nunca se estrenaron; y, sobre la pared, encima de la chimenea helada, un cuadro que representaba al San Telmo.

Cuando intuía la luz del sol por las rendijas de la ventana clausurada, navegaba, en un pestañeo, cientos de millas náuticas, desde Cádiz hasta el punto más austral de la tierra. Al llegar al mar de Hoces, abría los ojos llorosos, sembrados de capilaridades venosas, que ya no cerraba hasta que caía exhausto pasado el ocaso.

Odiseo Casco Rajado tenía su campamento en el escritorio isla de Hornos, rectangular y de cuatro patas, isla labrada en roble y con las tapas en piel verdosa ribeteada de cenefas doradas. Así recordaba la isla: forrada con una tupida capa de hierba orlada por flores de oro bañadas por el sol más frío que pudiera imaginar.

Mantén constantemente encendida la luz del faro; la lámpara de la isla de su escritorio, siempre prendida, incluso de día, con la esperanza de que todo navegante supiese su posición y la de la tierra —eso hubiese deseado para su barco—.

Al lado de la bandera inerte se levantaba un crucifijo que le recordaba que todo sufrimiento era necesario e insuficiente para encontrar a su tripulación.

Para buscar de forma minuciosa algún superviviente, pegaba la nariz a la madera pintada de verdes esmeralda y azules turquesa. Desde el acantilado, justo a ras de suelo, divisaba, a la altura del faro, la bandera inerte y la cruz en una estampa marítima que le recordaba a las costas españolas. Sobre el escritorio también había un libro de actas lleno de notificaciones de fallecimiento por entregar y, a su lado, un sobre abierto firmado con el nombre de un antiguo amor, cuyo mensaje había sido leído cientos de veces.

La sospecha de Odiseo Casco Rajado era que en aquel acantilado, bajo la cruz, tuvo que finalizar el viaje gran parte de su tripulación. Del mismo modo que acababan las peladuras de los lápices con las limaduras del carboncillo cuando les sacaba punta y los apartaba de un manotazo con el envés de la mano. El capitán confundía el grafito y los restos de madera del lapicero con un naufragio y a los pequeños insectos domésticos, que ignoraban su presencia, con bestias carroñeras de allende los mares.

Desde la isla desierta de su silla contemplaba el espacio que tenía alrededor. Al hacerla girar sobre su eje, comenzaba el recitativo de los nombres de sus subordinados como si fueran una jaculatoria o una salmodia. Seiscientos cuarenta y tres nombres de almas con sus apellidos. Pero callaba uno, un nombre que se resistía a pronunciar y que se le anudaba en la garganta: Jorge.

Ese nombre se convertía en una flema sanguinolenta que se deslizaba por las paredes de su tráquea hasta ahogar la boca del estómago, negando el paso de la comida, haciendo que el capitán no tuviese más hambre que la de seguir buscando a sus compañeros de travesía. Aquellos ayunos eran buenos para su propósito, pues la falta de apetito y las frugales comidas le permitirían alargar más los víveres de la imaginaria bodega de su despacho; así prolongaba la búsqueda.

Sabía que, cuanto más tiempo transcurriese, menos esperanza había de hallar supervivientes, pero su fe era inquebrantable.

En la isla desierta de su silla, pasó las horas más calamitosas de su vida, buscando desde su cumbre y a vista de cormorán un derrelicto, un pecio, una pista. No encontraba más que soledad y culpa.

Ni siquiera había tenido que abandonar su barco antes de hundirse —hasta ese punto se sabía mal capitán—.

Así lo habían querido las fiebres que le habían arrastrado hasta la orilla del Hades. Entre pesadillas y delirios, había partido su barco de puerto, dejando a su impedido capitán en tierra.

Este fue el inicio de su desgracia. Odiseo Casco Rajado, cinco días antes de la partida del San Telmo al Pacífico con la División del Mar Sur, estaba sumido en unas fiebres que le imposibilitaron embarcarse con su tripulación; tuvo que permanecer en el puerto de Cádiz a disposición de sus jefes.

Cuando las fiebres remitieron y su salud se restableció, el marino pudo volver a sus tareas, pero no a las que ansiaba en alta mar.

Al volver a su despacho, le aguardaba una sorpresa: una carta rubricada con un nombre de juventud, uno de esos que encienden una llama en el pecho y aviva recuerdos ardientes que manchan las sábanas.

La misiva anunciaba al capitán que el resultado de su primer amor con una americana llamada Mariana, hacía más de veinte años, había dado como fruto a un marinero de su misma sangre y que se había enrolado hacía pocos días en su compañía. El ruego de la madre era que impidiera por cualquier medio que el muchacho zarpase con el San Telmo. Su nombre era Jorge y su apellido, a partir de ese instante, Casco.

Odiseo Casco Rajado, cuando era joven e inexperto, tuvo la aparente fortuna de encontrar el amor con aquella mujer de rasgos indianos. El idilio, más apetitoso por prohibido, se culminó tras regalarle las semanas más felices de su vida. Jamás hubiese esperado recibir noticias de ella tantos años después, y mucho menos con la nueva de su paternidad. Mariana le pedía que cuidase del chico y que, a ser posible y debido a su partida que la dejaba sola, le hiciese llegar algo de dinero para subsistir, en pago por todos los esfuerzos hechos durante toda la vida y por los que le quedaban por hacer ahora que perdía la única ayuda que tenía. Odiseo Casco Rajado, que había permanecido entregado a la mar, no se había casado y no había tenido hijos, fue excepcionalmente generoso con la madre de su único hijo.

El hastío por no poder navegar desapareció y la ilusión volvió a su vida. La espera por la llegada de su hijo —pues no pudo evitar su partida— sería como la de una mujer encinta; tendría que hacer los preparativos necesarios: organizó en su despacho un rincón de trabajo para su hijo Jorge, con un buró y su silla a juego.

Enseñaría a su hijo todo lo relacionado con la navegación, lo convertiría en su mano derecha. Recuperaría el tiempo perdido y lo llevaría a su hogar, donde sería tratado como un príncipe.

Cuando hubo llegado la fecha prevista de regreso del navío de línea, Odiseo Casco Rajado pasó los primeros días mirando por la ventana, todavía abierta, hacia el puerto donde no llegaba el San Telmo.

Los días pasaban sin novedad, la posibilidad de que un desastre hubiese ocurrido ganaba fuerza por momentos. El capitán temió que sus apellidos fueran un presagio o una profecía, pero miraba al buró de Jorge y posaba su mano izquierda sobre él, acariciando la madera lisa con unción, como el que pasa las manos orantes por los pies de la Virgen del Carmen, anclando en ella su fe y pidiendo un milagro para él y para su hijo. Entonces, se sonreía y rememoraba una a una todas las cosas que haría con su Jorge, como si estas ya fuesen un recuerdo, hasta que llegó a puerto la noticia de la desaparición del barco. No había parado ni en Callao, ni en Chiloé o Valdivia para ser reparado —eso significaba que el navío había sufrido daños y estaba perdido—.

El capitán de navío hizo guardia en su ventana. Pasaba las horas oteando el horizonte, esperaba el milagro pedido, mirando con la vista quemada por el sol el puerto donde nunca llegaría el San Telmo, con la cara arada de arrugas como oleaje de tormenta y la esperanza consumiéndose como el aceite de la lámpara del escritorio.

El rey había resuelto dar de baja al navío y a los individuos embarcados en él.

Odiseo Casco Rajado, al fin, cerró la ventana.

Tomó asiento en su isla desierta y miró la ausencia del rincón de lo desconocido, entre la chimenea helada, sobre la que reposaba pintado el cadáver del San Telmo, y la ventana clausurada. En aquel breve espacio debía estar sentado su hijo, en ese hueco formado por el buró y la silla a juego: precioso, frío y desconocido, como el cuerpo de su hijo desparramado y gris en una playa rocosa.

Nunca debió enfermar, para impedir así que embarcase su hijo —echarse a ese mar era muy peligroso—. Comenzó a entender lo que sintieron sus padres cuando en su juventud decidió ser marino, y luego pensó que aquello se asemejaba a lo que debió sentir Dios padre cuando su hijo vino al mundo.

El sufrimiento comenzó a desquiciarlo cuando descubrió que echaba de menos a alguien que no había conocido.

Comenzó a pensar que una expedición de rescate era lo justo, y que, después de tantos años de dedicación y servicio, al menos se le debía eso. Había que buscar a sus hombres y a su hijo. Alguien debía haber sobrevivido.

Escribió a sus superiores, pero ya se daba por perdido al navío y a sus seiscientos cuarenta y cuatro marinos, soldados e infantes de Marina.

Pero él no sabía rendirse. Se aprovisionó de víveres y se encerró a planear la expedición de búsqueda y rescate, y comenzó a construir su dolorosa fantasía sobre una realidad delirante, donde cada día buscaba a su hijo, a sus subordinados y a su barco entre los trazos desgarrados del óleo sobre la noble madera de su despacho.

Meses después y bajo claras consignas, la infantería de Marina tumbó con un ariete la puerta para rescatar al capitán de navío de su locura.

Al tumbarla, se creó una corriente que apagó el faro del escritorio y provocó el ondeo de la inerte bandera de España; se avivó la llama de la chimenea, que iluminó la viciada estancia llena de aromas mundanos. Se pudo ver que, en el rincón de lo desconocido, en el buró, la ausencia se había transformado en una figura humana sedente, que resultó ser un muñeco formado por unos pantalones y una chaqueta de marino rellenos de papel. Cientos de hojas manuscritas por Odiseo Casco Rajado que formaban el cuerpo de Jorge. Cartas llenas de vivencias imaginadas y recuerdos ficticios de padre e hijo. La cabeza era una esfera deforme creada a partir de las notificaciones de defunción de los tripulantes; y, por cabellera, el pelo pegado con cera que el capitán se había cortado durante esos meses. Sobre el pecho del filial monigote, a modo de corazón, una brújula, para que, si Jorge seguía vivo, se dejase guiar por ella y así pudiese llegar a su destino. El cuadro del San Telmo ya no estaba sobre la chimenea helada, estaba clavado en el marco de la ventana, simulando su presencia en el puerto donde por fin había llegado, aunque vacío de vida y lleno de fantasmas.

En la silla desierta aguardaba sentado un agotado capitán, escuálido y seco. Todo piel, huesos y tendones. Demacrado. Carente de habla, solo movía los ojos en sus cuencas en una cabeza más parecida a un cráneo exhumado, que sonreía con una boca de pocos dientes. Parecía haber naufragado en aquel despacho transformado en una capilla sixtina marítima, decorada con decenas de rosas de los vientos, monstruos marinos y barcos navegando en rutas marcadas por doquier. La suciedad

se amontonaba entre botellas vacías con notas de auxilio que, rodando por el suelo, simulaban su flote por el mar buscando a alguien que fuese a rescatar a su escritor.

El capitán luchó por no ser separado nuevamente de su hijo, pero no tenía fuerzas para mantenerse en pie, lo sacaron en volandas como a un torero recién corneado.

A lo lejos, y por primera vez, pudo escuchar la voz de su hijo pidiendo a los infantes de Marina que lo cuidasen y lo respetasen, porque se trataba de un oficial de la Armada. Pero realmente se trataba de la voz del jefe de la guardia dando órdenes a sus hombres.

Durante los siguientes meses, su salud mental no parecía mejorar, aunque su aspecto físico era menos deplorable.

Un día cualquiera, en el comedor de la institución donde permanecía interno, escuchó la historia de un marinero recién llegado que compartía mesa con él y otros menos cuerdos. Afirmaba, entre risas, haber conocido en Cartagena a una mujer americana, de nombre Mariana, ya fallecida, que se dedicaba a vivir del cuento; un falso cuento que escribía a todos los marinos y marineros que había enamorado en sus días mozos cuando ella todavía estaba de buen ver. En sus cartas narraba lo especial de su encuentro y el secreto fruto de su amor prohibido, donde siempre aparecía un hijo inventado que había marchado al frente, a una expedición o a hacer las Américas, y cuyo vacío en su corazón de madre solo podría llenar unas cuantas monedas que habría de sufragar el ausente padre. La mayoría de los destinatarios, generalmente bien casados y con una reputación y honor que mantener, hacían un generoso pago, a modo de pensión agradecida por los maternales servicios de Mariana durante tantos años, pero sobre todo por su silencio; para poder seguir con sus vidas sin mayor novedad y prejuicio.

El marinero lo sabía bien, porque, entre otras cosas, había hecho de correo para la estafadora.

Aquella historia sembró la duda en Odiseo Casco Rajado, y lo puso en una tesitura que le hizo brotar de ira. Tomó al marinero por la pechera y lo sacudió exigiendo más detalles.

El marinero solo supo decirle que Mariana siempre elegía para sus fingidos hijos nombres que empezaban por jota.